

LA OTRA VIDA DE LOS TRES HOMBRES MUERTOS

(NARRACION)

Por FELIX FERRER GIMENO

El viejo Clochard

Cinco hombres se acercaron a Maurice. Hacían ostentación de sus trajes harapientos. Cerca, el Sena.

—¡Ja, ja, ja! ¡El viejo galán...!—exclamaron riendo.

—¡Dejadme en paz!

Maurice se alejó de ellos, malhumorado.

La gente se había familiarizado con estos “clochars” de la bohemia parisina. Maurice, a veces, dormía junto a la iglesia, en los muros destruidos. Cuando le quitaban el sitio, se cobijaba en cualquier banco junto al Sena. Pero aquello le traía muchos recuerdos. De joven había sido pescador y se veía en su vieja barca que salía hacia la mar. Ahora prefería olvidar.

—¡Maurice!—gritaron.

Conocía la voz. Odette venía hacia él. El viento jugaba con su cabellera larga y sedosa. Todas las tardes le traía su bocadillo y la pequeña botella de vino.

—¡Eres mi ángel bienhechor, Odette! Gracias... El vino es para mí, ¿cómo te diría?

—No discurras, Maurice. Lo sé de sobras...

—No, no lo sabes bien... Mira, una vez te oí tocar la “Patética” de Tchaikovsky.

Te habías olvidado de todo. Eso mismo, Odette.

—No te corregirás nunca. ¿Sabes que tus amigos tienen celos?

—¡Por favor, Odette, no bromees! Soy un viejo, un desheredado de la sociedad; que ama los pájaros y el cielo solitario de las estrellas.

—¡Y las flores, Maurice! ¿Recuerdas una vez que me regalaste muchas?

—Quien ama las flores y los pájaros, es el más libre de los hombres. Por eso te quiero a ti, porque eres como un pájaro y una flor!

—Nadie me ha dicho una cosa tan bonita.

Los cinco hombres adelantaron el paso y llegaron hasta Maurice.

—Déjala—le dijo uno—no ves que no es de los tuyos; que se ríe... ¡Se te ríen, Maurice! ¡“El viejo loco”!

—¿Qué decís?

—Eso... (coreando) ¡Viejo loco! Así te llaman. ¿No lo sabías, verdad?

—Marchaos. Sois una partida de granujas...

—¿Y tú no? ¡Ja, ja, ja!

Los cinco hombres se volvieron.

—Olvidalos, Maurice. No saben lo que dicen.

Odette lo cogió por la cintura y se encaminaron hacia el bulvar de San Miguel. Odette quería llegar hasta la Sorbona. Maurice se detuvo un momento.

—¿Por qué haces esto, Odette? Creo que mis amigos tienen razón.

Odette, no se daba cuenta, no quería oír lo que inquietaba ahora a Maurice. Jugó con su pelo que le caía sobre los hombros. Había coquetería y dulzura en el gesto.

—¡Fíjate, que hermoso es París en primavera!

Apoyaba su cuerpo en el brazo de Maurice. Notó su carne. Por unos momentos, deseó ser joven como ella. La gente al pasar, los miraba con curiosidad. Llegaron a la Sorbona.

—Espera un momento, Maurice. Olvidé unos libros. En seguida estoy contigo.

Odette, podía ser su hija. Ahora, al contemplar cómo se alejaba de prisa, se arrepintió del mal pensamiento; de haber añorado su juventud. Temió no volverla a ver más; que el olvido de los libros fuera un pretexto, la forma más bella de decirle adiós... pero no tardó. Ahora estaba allí otra vez, sonriendo. Se alegró.

—No tardé, ¿verdad?

—No, no... ¿Quieres que te adopte, Odette?

—Maurice, eres tremendo...!

—Bueno, es un decir... No podría...

—¿Qué dices?

—Nada...

Maurice bajó la cabeza, como avergonzado de que hubiera adivinado sus pensamientos. Se sentía vencido. ¡La primavera! Había aparecido y hasta ese momento no se había dado cuenta.

—¿Qué te pasa, Maurice?

—Nada, nada... Pensaba.

—¿Te gusta París en primavera?

—Claro, ¡pero no hay almendros en flor!

—Es verdad... París es sólo de los poetas, de los artistas... Nadie como ellos lo ven.

—¿Has pensado que también eres tú; soy yo; es aquél; es el Louvre y Montparnasse... ¡Muchas cosas! El turista quizá piense sólo en la torre Eiffel.

Tres palomas revolotearon sobre sus cabezas. Odette volvió a apoyarse en su brazo.

—Dicen que quieren matarlas; que afean las fachadas. A mí, de niña, me gustaba jugar con las palomas. Venían a mis manos a comer.

La vieja estampa del fotógrafo ambulante cargado con su máquina al hombro, hizo que Maurice volviera a su niñez; que recordara las fotografías amarillentas que su madre guardaba en la cómoda. Se sentía vencido. Le pesaban las piernas. Andaba con dificultad. De vez en cuando tenía que pararse.

—¡Te encuentro muy extraño, Maurice! Venga, vamos...

—Sigo pensando que mis amigos decían la verdad.

—Tus amigos no tienen razón. ¡No, no la tienen! ¿Sabes por qué voy contigo, por qué todas las tardes te traigo vino, me apoyo en tu brazo y me gusta escucharte?

—No.

—Mi padre fue como tú, un "clochard". ¿Comprendes todo ahora?

Maurice creyó que era la mentira más piadosa que había oído en su vida. Contempló su mísero traje, su cabello descuidado; sus manos sucias. Por primera vez se sintió piltrafa. Se avergonzó de sí mismo. Miró a Odette. En sus ojos había una lágrima.

—Hoy me gustaría invitarte a cenar, Odette. Tengo unas perrillas...

—¿Tú con dinero?

Rió. Era una risa abierta, limpia...

—No pienses mal, Odette. Maurice no roba; Maurice no pide... ¡Jamás pediría! Es que ayer hice unas cosas en el mercado...

—Acepto, ¿oyes?

Había vuelto a quedar ensimismado. Odette le besó en la frente. Lo llevó a un restaurante barato, que iban los estudiantes.

—No, aquí no quiero—dijo Maurice negándose a entrar.

—¡Tonterías...! Lo de "viejo loco" se lo inventaron tus amigos. ¡Como ninguna chica les regala vino!

Maurice sentía paz e incertidumbre. Una felicidad extraña. Otra vez volvía a preguntarse por qué lo buscaba siempre y ahora estaba sola con él cenando en un restaurante. ¿Sería verdad que le recordaba a su padre? De repente se fijó que ella lo miraba fijamente. Era una mirada dulce que lo trastornaba.

—Nunca me has contado nada de tu vida, Maurice—le dijo inesperadamente.

Maurice no esperaba la pregunta. No supo qué contestar...

—¿Te avergüenzas de algo?

—No, no... Ya la conoces... ¡Qué importa ya mi pasado, Odette! Tú...

Se le secaba la garganta. Llenó un vaso de vino. Le temblaban las manos y cayó sobre la mesa.

—No te preocupes. El vino da suerte... Anda, dímelo.

Maurice permanecía en silencio.

—¿Tan malo es?

—¡Malo no; malo, no!

—¿Entonces?

Cogió su mano y la apretó. La mano de Odette era deliciosa, sensible. A su contacto, Maurice se estremeció.

—Odette: me has dado la ilusión de seguir viviendo. Te he dicho que no podía adoptarte y es verdad, pero no por ser vagabundo... ¡Yo estoy muerto, Odette...! No me llamo Maurice.

—¡Vamos, vamos, que el vino...!

Sentía deseos de hablar, de que Odette conociera su pasado. ¡Era tan feliz!

—En la guerra fui herido, ¿sabes? Me cogieron prisionero y me llevaron a un campo de concentración. Pasaron meses; muchos murieron... ¡Yo estaba en la lista de los muertos! ¿Comprendes? Alguien en el pueblo me rezó un funeral... No me atreví a volver...

Desde otra mesa un joven alto, hacía señas a Odette. La invitaba a su mesa. Maurice se dio cuenta.

—Vete, Odette. Es joven como tú. Yo necesito dormir. Apurar la botella...

Se levantó y acarició sus cabellos con temblor.

—¡Hasta mañana, Maurice, y gracias, muchas gracias!

Lo siguió con la mirada, era una mirada triste.

Al cruzar la calle, Maurice iba murmurando algo imperceptible. Se oyó un grito y un frenazo. El viejo "clochard" yacía en el suelo despedazado. Una mujer se acercó al grupo de curiosos.

—¿Qué pasa?—preguntó.

—Nada... ¡Un muerto!—oyó que decían.

La circulación se reanudó.

El vagabundo y el niño

Rodeó el pueblo. La casa estaba un poco alejada. Jom, se paró junto a unos olivos que bordeaban el río. Sentía la melancolía del atardecer otoñal. Grandes picachos dominaban el valle. Recogió unos leños del suelo. Necesitaba del fuego, del calor en las noches largas. Luego siguió el sendero del río. El agua corría limpia. Trans-

parentaba el fondo, en el que podía verse de vez en cuando el salto de alguna trucha. Para Jom, era todo nuevo, sorprendente. La naturaleza se abría por primera vez ante él. Ahora estaba allí sin tristeza de ciudad y amargura de alma. Un águila fue a posarse allá arriba, en la montaña; en el pico que parecía un alfiler. Miró hacia atrás, al otro mundo... Pensó en su pasado, en sus sueños perdidos. La ciudad dejaba de ser una obsesión. ¿Fue hombre, vacío, neblina? ¡Qué más daba ya! Apresuró el paso y no tardó en llegar al viejo caserón. Puso los leños junto a la chimenea. El tragaluz dejaba pasar un rayo de luz mortecina.

—¡Jom, Jom...!—gritaron desde fuera.

Se sobresaltó. Al principio no había reconocido la voz. Era el pequeño Henry. Hinchó la colchoneta de goma y se dejó caer sobre ella, feliz.

—¡Hola Jom!—dijo Henry.

Traía un avión. Parecía un modelo de planeador.

—¡Hola, Henry!

El niño empezó a correr por la estancia con su planeador.

—¡Fíjate cómo vuela!

Jom no pensaba en nada. Seguía con atención los rápidos movimientos del niño.

—¿Estás cansado, Jom?

—Sí, hoy anduve mucho.

—¿Quieres que me vaya?

—No, no... acércate.

Henry se acercó.

—¡No te has fijado cómo volaba mi avión!

—Claro que sí, Henry. Me gusta mucho verte jugar.

—De mayor seré aviador.

En el cielo podrás hablar con los pájaros, ser igual que ellos ¡libre!

—¿Es verdad lo que me dijiste esta mañana?

—Sí. Publicaron mi esquela...

—¿Por qué?

—Cosas... Soy un muerto, ¿sabes?

—Me das miedo, Jom.

Jom se levantó, cogió por los brazos al niño y lo subió en alto.

—¡Oh, mi pequeño Henry! No olvides nunca esto: ¡los muertos no hablan! Así que no tengas miedo... Soy tu amigo, ¿oyes?

—¿Entonces por qué dices que estás muerto?

—Porque publicaron mi esquila. Te lo dije.

—¿Resucitaste?

—En cierto modo sí...

—Se lo diré a mamá. El pueblo vendrá a verte...

—No, no le digas nada. No te creería...

—¿Estás solo, verdad?

—Sí, Henry, muy solo... ¿Qué, nos sentamos en el suelo?

—Bueno—dijo Henry, alegre—. Aunque me gustaría más jugar a caballitos.

Jom puso sobre sus espaldas a Henry, y empezó a trotar como si fuera un caballo.

—Desde que se murió mi papá, no he vuelto a montar a caballo... Gracias Jom.

El niño se bajó y fueron a sentarse en la colchoneta.

—¿Qué hacías aquí esta mañana, Henry? La casa está abandonada.

—Casi todos los días vengo a jugar. ¡Como no quedan niños en el pueblo! Pero ha sido una suerte. Te he conocido Jom. ¿Vives hace mucho aquí?

—No. Llegué la otra noche. Necesitaba un refugio y éste me gustó, y ahora me alegro, porque podremos vernos todos los días.

Encendió la pipa y apoyó sobre su pecho la pequeña cabeza de Henry. Sacó un papel del bolsillo.

—Al venir he compuesto esto. Es un pensamiento poético. ¿Quieres que te lo lea?—preguntó a Henry.

—Mamá, a veces, me lee poesías.

—Escucha pues:

“No sigas el sendero perdido.

Ansía; mira a las encinas, a los álamos que sueñan.

Añora el día que ya no adormece.

Hermana arroyo, flor, tierra y primavera.

Incendia tu ser y luego bebe en la savia de la vida”.

—Me gusta, Jom. Aunque no entiendo lo que dices.

—¿Sabes que nunca había hablado con un niño?

—¡Ahi va...! No lo creo...

—Es verdad.

—Dices cosas muy raras, Jom. Siempre pensé que los hombres habían hablado con niños.

—En la ciudad, la gran ciudad, todo es distinto... Si algún día llegas a conocerla, verás que es como un monstruo de hierro y cemento. Te oprime y atrapa igual que si fueras una lombriz. No hay tiempo de amar, de estar como tú y yo ahora...

—¿Por eso viniste?

—Sí, Henry. Por eso... Ya no soy nadie y quiero empezar a vivir.

Hubo un breve silencio. Henry se abrazó a Jom. Miró por el tragaluz.

—Es de noche. Debes de marcharte. No quiero que se inquiete tu madre. Si vuelves mañana te enseñaré a tocar la armónica. Tengo una muy bonita. ¡Y no le digas que me has visto! En seguida me echarían de aquí, y este lugar me gusta.

Henry cogió su mano y fue hacia la puerta.

—Descuida, Jom, soy tu amigo. Cuando oigas tres silbidos, seré yo... ¡Ah, al amanecer bajan cervatillos de la montaña. Una vez vi uno. ¿No los matarás, verdad?

—No los mataré... Hay que respetar y amar a los animales.

—Hasta mañana, Jom.

—¡Suerte, Henry!

—Tres silbidos, ¡eh!

—Sí, tres silbidos...

Jom encendió la chimenea. "Ha sido un buen día", se dijo, y se puso a esperar...

Nicos

Nicos había arribado a Río de Janeiro desde Porto Alegre. Anduvo un trecho hasta coronar el viejo poblado negro cerca de Pedra Blanca. Río, desde allí, era un desafío. Tuvo que abrirse paso entre la maleza y la gente hasta llegar al final de la favela. Olía a suciedad, a sudor humano, a desenfreno de carne y amor... El viejo po-

blado había despertado en la noche de carnaval. Por todas partes ritmos alocados que excitaban los sentidos, como un tío-vivo de la lujuria.

Le salió al paso una negra gorda con una botella de aguardiente en la mano.

—¿Qué busca? No queremos blancos.

—Quiero ver al doctor.

—¿Es amigo?

—Sí.

—Entonces debe saber dónde está.

—¿Hacen dos dólares?

—¡Claro! Siga hasta el final. En cuanto vea un garito, ahí es.

La negra metió los billetes entre los pechos y se unió a un grupo de máscaras que vociferaban.

Nicos no tardó en llegar. Entró. El zaguán estaba a oscuras.

—¿Qué quiere?—oyó que le decían.

La voz salía de una oscuridad relampagueante por el estallido de la pólvora, que cosquilleaba el cielo.

—Ver al doctor.

—¿Seguro? Hay muchos blancos que lo buscan. Pierde el tiempo. Se fue...

Era una voz imperativa. Nicos se tocó el machete. Temía cualquier sorpresa.

—Te estás jugando mucho—dijo ahora la voz—. ¿Tan importante es que lo veas?

—Sí, sal de ahí, quiero verte... Me molestan las sombras.

Una mulata joven, blanca, de ojos grandes, lo contemplaba. Vestía un traje fino que se pegaba a la piel. Cadera ancha; ritmo y cadencia al andar... Sonreía. Sus labios carnosos se abrieron, como si desearan algo...

Nicos tenía una sensibilidad morbosa, casi enfermiza. Aquella mujer, le exasperaba. Había deseado todo menos ese encuentro. Sacó cinco dólares del bolsillo.

—Toma—dijo entregándoselos—. Ahora quiero que me digas dónde está el doctor.

—No soy de esas, guárdatelos. Te quiero a ti. Favor, por favor...

Las máscaras pasaban en tropel con sus charangas. Personajes arlequinescos, como el gran mimo de la vida. La mulata apoyó la cabeza en Nicos. Sus ojos brillaban, se le metían dentro...

—Alegra esa cara, ¡hombre! ¡Pareces un muerto!

Nicos sintió sus brazos en el cuello que le atenazaban como fuego.

—¿Qué, vamos?—le preguntó la mulata. Sonreía.

Titubeó un momento. Nicos no sabía qué contestar.

—No. No he venido a eso...

La mulata lo contempló sin comprender.

—Te diré un secreto. Me gustan los hombres blancos. Si fuera blanca, quizá me gustaran los negros. Es mi penitencia...

—¡Aparta, me dan asco las aventureras! ¡Largo!

Ella se le acercó más. Sus labios carnosos volvieron a incitar. Había calentura y amor salvaje; hechizo y depravación.

—Déjeme. El negro es celoso con sus mujeres y no quiero pelear.

—Te dije que me gustan los blancos y no hay más blanco que tú. Anda, no temas. Ellos no me quieren...

Nicos sentía repugnancia y a la vez atracción.

—Vamos, dijo al fin.

Sintió otra vez los brazos desnudos que apretaban su cuerpo.

Cuando despertó, un hombre delgado y alto, se abanicaba en el otro camastro de la habitación. Tenía un puro apagado en la boca. Su cara le pareció de chivo.

—Creo que me buscaba—le dijo.

—Sí, es el doctor Von Kreisig, ¿no?

—Acertó. ¿Qué quiere?

—Hablar con usted.

—Ya lo hace. Tuvo suerte. Ningún blanco ha conseguido acercarse a mí, desde hace tiempo. Los negros me protegen. Ahora sólo soy médico de ellos.

—Mi caso es distinto, doctor.

—Ya... ¿De qué huye?

—De mí mismo.

—Sus problemas sólo son suyos, no de los demás.

—Se equivoca.

—Nicos se sentó en el camastro, junto al doctor.

—Ella le gusta, ¿eh?—dijo el doctor intentando variar de conversación—. Luego, añadió: Pero, cuidado, le atraen todos los blancos. Siento decirle esto porque es mi mucama...

Hubo un silencio humillante.

—No he venido de lejos para hablar de mujeres. Quiero que me opere, doctor.

—Arriesgo mucho y el dinero no me interesa. Soy muy feliz así. Y ya que es usted mi huésped... le ofreceré un whisky.

El doctor Von Kreissig fue hacia una mesa llena de botellas, echó la bebida en dos vasos y le ofreció uno a Nicos.

—Tenga, beba...

—¡Por nuestra amistad!—dijo Nicos brindando.

—Bueno... No olvide que me retiré... Hace meses que no opero...

—Por avor, doctor. ¡Necesito otra cara...!

Otra cara. Como si con ello Nicos fuera a renacer, volver a otra vida... La angustia de un pasado maldito le atormentaba. "No, no era un absurdo", pensó.

El doctor Von Kreissing empezó a dar vueltas. De repente, dijo:

—La cirugía facial, estética, es delicada y ahora bebo.

En aquellos momentos Nicos deseó la muerte. Tiró sobre la mesa un fajo de billetes.

—¿Sabe cuántas botellas de whisky podría comprar con este dinero?

—Muchas, pero mis manos tiemblan. Fíjese.

Manos temblorosas, envejecidas prematuramente. Parecía que no había ya sensibilidad ni poder en ellas. A pesar de ello. Nicos no veía otra solución. Siguió confiando. Von Kreissing había sido uno de los cirujanos más expertos. También era un huido...

—Insisto, doctor Kreissing.

—En Río los hay muy buenos. Vaya. Es un consejo de amigo...

Nicos sacó el machete.

—¿Prefiere la fuerza doctor?

—¿Quién es, amigo?

—Un muerto.

—Bromea.

Nicos no contestó. Tenía la mirada perdida en aquel hombre que intentaba penetrar en él, que lo miraba sin comprender... Enfundó el machete. El doctor se tranquilizó.

—Ahora, si me lo permite, intentaré dormir. Ya sabe, por las noches bebo y a mi edad necesito descanso.

—No, espere. Le ofrezco dos mil dólares.

—¡Bah!

—Tres mil.

—Ya le he dicho que no es cuestión de dinero. Sea sincero, amigo. Ha matado a alguien, ¿verdad?

—No, quiero matarme a mí mismo.

El doctor Von Kreissig volvió a llenar los vasos con whisky.

—Ande, beba, le hace más falta que a mí. He conocido a tipos muy raros, pero ninguno como usted. ¿Cuál es su problema? Hable, le escucho.

Nicos se echó sobre el camastro y cerró los ojos.

Permaneció unos segundos indolente, luego se incorporó.

—Soy realmente un muerto, doctor. Oficialmente no existo. ¡Qué más da el motivo! ¡Quiero otra cara! Con esta me fue muy mal.

—Bien, ¿cuánto dinero tiene?

—Tres mil dólares. Ni uno más ni uno menos.

—Con mil, suficientes. Me falta instrumental, una pequeña mesa de operaciones y algo más. Tuve que vender bastantes cosas... Ya me comprende...

—Si lo hace y lo consigue, el resto es suyo.

—Gracias, pero me conozco y con ese dinero viviría muy poco. Deje todo como está.

—¿Cuándo lo hará?

—Pronto, antes de lo que se figura. A través de ella se enterará... ¿Me comprende?

—No...

—Mejor... ¡Ah, y no respondo de nada! ¿Está claro?

—Muy claro, doctor.

—Ahora váyase. Quiero dormir.

Salió. Se sentía despojo. Empezó a pensar en aquella extraña mujer que se había metido en su vida.

* * *

Hacía pocas horas que le habían quitado el vendaje. Al fin, Nicos, había pagado su propia deuda. Ahora temía mirarse, contemplar su otro rostro. ¿Sería el hombre de las dos caras? ¿Cuál sería la

suya en realidad? La mulata fue hacia su camastro. La estancia, en tinieblas, le impresionó.

—Da la luz, Nicos. Quiero verte, dijo acercándose.

—No, espera... Antes bésame. Necesito de tus labios... Necesito...

—Calla...

Permanecieron largo rato en silencio.

—Abrázame fuerte, Dione.

Era la primera vez que Nicos pronunciaba su nombre.

—Déjame, luego...

Nicos encendió la luz.

—¡Noooo!—gritó Dione.

—¿Qué pasa, Dione? ¿Por qué gritas?

—¡¡Tú cara es negra!!! ¡Ja, ja, ja!

Nicos tembló. Se convulsionaba. Era como un ataque de locura.

—¡Mientes!

—Mírate, mírate. No, no miento. El doctor se ha vengado. ¡Me quiere sólo suya!

Nicos arañó con rabia su rostro, negro, luego se contempló en el espejo. Era la cara de un viejo; una cara grotesca. Seguía arañándose. Dione lo contemplaba quieta, retadora; bella. Parecía la diosa Nertha.

Volvió a mirarse. La máscara muerta, reía...

—¡¡Nooo, nooo!!!

La exclamación de terror; un terror atávico, de alucinado.

Fuera seguía el carnaval, como un rito ancestral que fecunda y llena...